

ENCUESTA PLANTEADA A LOS ESCRITORES DEL CONTINENTE ACERCA DE LAS CULTURAS NACIONALES LATINOAMERICANAS



RESPUESTAS DEL DR. VICTOR ANDRÉS BELAUENDE

PRIMERA PREGUNTA: ¿CREE USTED QUE EXISTE UNA CULTURA NACIONAL PERUANA?

SEGUNDA PREGUNTA: ¿CUALES SERIAN LOS ELEMENTOS CULTURALES NATIVOS Y CUALES LOS EXTRANJEROS?

TERCERA PREGUNTA: ¿HACIA DONDE SE PROYECTA LA CULTURA NACIONAL PERUANA?

viente lo nativo constituye una forma que puede ser asumida o modificada por otra forma. En la personalidad cultural la forma asumen y la forma asumida constituyen una unidad indivisible; y el elemento asume tiene ese carácter no por la fuerza o poderío de la nación conquistadora sino por su sentido y valor espirituales y universales.

La forma asumida de la cultura peruana está constituida por los valores éticos-religiosos llegados a nosotros a través de España.

En este fenómeno de síntesis cultural interesa destacar las coincidencias que son proyecciones de la nueva etapa cultural y distinguirla de las simples modalidades de instituciones o de épocas que necesariamente pueden cambiar. Los nativistas o autoctonistas radicales niegan este fenómeno de evolución asintiva, condenando a los grupos humanos a un desenvolvimiento cerrado que conduce a la decadencia o al estancamiento.

TERCERA PREGUNTA:

La proyección natural de la cultura nacional peruana tiene que ser la completa afirmación de la personalidad nacional del Perú, por obra de la plena influencia de los valores nativos y de los valores hispano-cristianos que los han asumido y cohesionado. Esta afirmación de la personalidad cultural del Perú, extraña a todo chovinismo exagerado, se armoniza no solo con la solidaridad ibérica y continental sino con la solidaridad humana.

Toda modalidad cultural nacional solo puede desarrollarse plenamente en el marco económico y con el sentido universal de la vida humana.



RESPUESTAS DEL DR. LUIS E. VALCARCEL

1.—Existe una Cultura Nacional peruana como resultante de la coordinación de múltiples culturas locales, que tienen de común la voluntad de seguir dentro de un área geográfica definida y determinada políticamente (el Territorio Nacional) y bajo un sólo régimen político, económico y jurídico (el Estado) que engloba la entera población.

La voluntad de convivir queda demostrada históricamente. Sólo que los cambios de transcendencia internacional han desligado de la antigua comunidad importantes sectores humanos y geográficos (Bolivia, Ecuador, regiones chilenas, argentinas, colombianas) que integran ahora otras entidades nacionales. Nuestros vínculos mayores son precisamente con esas agrupaciones que fueron copartícipes de una misma cultura en los tiempos antiguos y en los del Dominio Español. Formamos con ellos la Comunidad de la Cultura Indígena.

2.—Sería difícil enumerar en pocas líneas los actores culturales indígenas y alienígenas del Perú, por ser tan numerosas. Nuestra cultura es una mezcla de tales patrones; pueden ser perpetuamente discernibles los que arrancan desde la antigüedad y los que aparecen y rigen a través del Virreynato y la República. Es absurdo pretender, como alguien lo ha hecho, un desconocimiento de la fuerte supervivencia de valores, patrones y elementos de la Cultura Indígena en la vida actual del Perú.

3.—La Cultura Nacional Peruana, con su poderosa reigambre india, se halla como todas las demás culturas nacionales en la encrucijada, en este gigantesco duelo entre Oriente y Occidente.

POEMAS QUECHUAS

I
Pimancha quia llagu causaita ullaiman
Mamaiman ullaiman huaccapalla huanmay
Taitaiman hillaiman llaguipaya huanan.
Asunchay mayaiman ccaccaman huy llayman
Mayucca apanca muyuyurispa
Ccaca ñitinceca mana cacarispá.

II
Huarancata ñacacuni
Soncollaipa acllacusquia
Ymapachayay reccerchayquy
Imainatac concacayqui
Ccori rajra pillpintullay
Rappapay quillaculpi
Tiariyña caympuyyipi
Taquirispa ccann pitullay.

III
Ecinmpaiquita cacaharyña
Quillac huachichin llusquianampac
Yanaiquita tarinampac
Llampu cainimipi cusita

Ricayquita quichariña
Urpiuta silhullayña
Ccascayquipi pupallayña
Munayquita umirispá.

I
A quien le voy ha contar mi triste vida
Le cuento a mi madre llora mi pena
Le cuento a mi padre sufre conmigo
Mejor será que le cuente al río o a la roca
El río se la llevará dando vueltas
La roca la aplastará sin soltarla.

II
Mil veces me maldigo
Escogida de mi corazón
Para que te habría conocido
Como te puedo olvidar.
Mariposa de alas de oro
Que aletea bajo la luna
Detente en esa ramada
Cantando mi cariño.

III
Desata tus trenzas
Que los rayos de la luna resbalen en ellas
Que tu amado encuentre
En su suavidad alegría

Descúbrete los hombros
Dá a tu amor el cariño
Aprisioname en tu pecho
Dá tus besos al que amas.

DESCARTES Y LA MORAL DE SU EPOCA

Por ROBERTO BAZIN

Agregado Cultural a la Embajada de Francia en el Perú.

Hace 300 años moría en Suecia el filósofo francés René Descartes, abatido por una enfermedad a los pulmones. En su testamento, Francia le escribes la lejana tierra escrita en su relación que "su amigo se retiraba contento con la vida, satisfecho con los hombres, confiado en la divina misericordia y con mucho afán por ver descubierta y poseer al fin aquella verdad que toda su vida había buscado". (1) Así murió, con la inocencia de un niño, el hombre cuyo pensamiento inicia la era moderna y cuya filosofía se desmenuzó finalmente con el mismo desarrollo de la ciencia. Al reducir el conocimiento del mundo al estudio, en cada fenómeno, de las cantidades, Descartes había descubierto el camino por el cual —según él lo esperaba— el hombre iba rumbo a la dominación del universo. Tal es la verdadera grandeza de Descartes. Sin embargo no trató de evocar la ciencia, ni siquiera la metafísica que concibió este gigantesco espíritu. Yo no soy ningún filósofo y no faltan quienes, con más autoridad que yo, puedan continuar la exigencia cartesiana que no agotaron tres siglos de paciente meditación. Como especialista de la historia literaria me propongo acercarme al pensamiento cartesiano con criterio estrictamente historicista. Mi deseo es de analizar esta relación un pensamiento al difuso pensar de los de su época. Lo que mejor caracteriza a una época, es, si no me equivoco, aquel "estilo de vida" que a veces llaman moral, aunque no sea legítimo dar tan presuntuoso nombre sino a la trascendental sistematización de las reglas de la conducta, y no a aquellas mismas reglas que nacen por sí mismas que difusas, pero que al mismo tiempo tienen profunda raíz en la conciencia humana. Las preguntas son éstas: ¿descubre Descartes reglas morales inauditas? ¿se opone al estilo de vida de su tiempo? O, más bien ¿las relaciona unas con otras hasta componer una moral consecuente? Tal es el problema que me permitiré debatir.

Analícemos primero, muy rápidamente, lo que se acostumbró llamar su "moral provisoria". Cuando Descartes publicó su primer libro importante de vulgarización filosófica, o sea "El discurso del método", confiesa que le había faltado tiempo para constituir una moral y que, por consiguiente, había forjado unas reglas provisionales con miras a examinarlas más detenidamente al seguir sus meditaciones. El discurso es en efecto una moral que no quedará irrevocable. En sus reglas determinan un estilo de vida que se puede resumir en la forma siguiente:

1) Descartes todo además espiritual revolucionario. Aceptar el orden del mundo y también el de la sociedad en que le toca vivir.

2) Amar la acción, inmediata que no genera ninguna vacilación, y a la que no siguen remordimientos ni arrepentimientos.

3) Amar la libertad dentro del marco aceptado.

4) Optimismo moral, ya que según él con el bien juzgar viene necesariamente el bien hacer.

5) Optimismo vital ya que su meta es la felicidad. Nos queda por saber lo que pasa con este estilo de vida cuando Descartes como filósofo constituye su obra o sea "Tratado de las pasiones" compuesto, según parece, entre 1645 y 1648 y en varias de sus cartas, sobre todo en las dirigidas a Isabel de Bohemia fechadas las mismas de 1646 a 1649.

Ahora bien: Basta con leer dichas obras, las únicas en que Descartes estudia el problema de la moral, para convencerse de que no hay, en el sentido filosófico de la palabra, ninguna moral cartesiana. En efecto toda moral estriba en uno o varios valores trascendentales. En la época de Descartes, y desde los tiempos antiguos, la moral se edifica sobre la idea de un "bien soberano" o absoluto. Esta manera de plantear el problema moral por su contenido se mantendrá hasta el día en que tratarán de definirlo por su forma: entonces aparecerá la idea típicamente burguesa de obligación, de deber, idea que todavía domina nuestro pensamiento. Como todos lo saben le cupo a Kant, al rayar la luz de la nueva era, fundar la moral en una obligación absoluta, o, como él dice, en un "imperativo categórico". Lo propio del valor moral viene a ser obligar.

Pues bien, este concepto de valor moral que obliga y que no tiene ningún sentido, no puede ni siquiera ser entendido en el siglo XVII. Quien, al leer un texto de aquel siglo, interpreta la palabra "deber" según el sentido que cobró después de Kant y la revolución burguesa, se vuelve incapaz de entender el pensamiento de los hombres de la época. No hay palabra que traduzca correctamente este concepto y que afine al principio; en los textos de moral de Descartes no se encuentran la palabra "deber" ni una sola vez. El punto de partida de Descartes es el "soberano bien" de los antiguos, valor que se define por el contenido y no por la forma. En dos cartas a Isabel de Bohemia nuestro filósofo examina las definiciones antiguas del bien soberano. Critica una definición de Séneca: vivir conforme a la Naturaleza. Tal definición le parece a Descartes muy oscura e imposible de utilizar. Luego examinó otras definiciones: la del Epicuro, la voluptuosidad; la de Zenón, la virtud; la del Aristóteles, todas las perfecciones del cuerpo y del espíritu.

A Descartes le parecen todas tan oscuras que, se-

gún él, en distintas formas tal vez significan lo mismo. Y concluye: que el soberano bien estriba en "la satisfacción del espíritu", agregando que, al reflexionar bien "la beatitud no es propiamente el "soberano bien" por lo presupone y es la satisfacción espiritual que procede de su posesión". Así la beatitud no es más que signo y el bien soberano queda así definir. Efectivamente el concepto de beatitud lleva a Descartes al de virtud.

"Para poseer una satisfacción duradera, es necesario seguir a la virtud o sea tener la voluntad afirmada como constante de ejecutar cuanto juzgamos ser lo mejor y emplear toda la fuerza de nuestro entendimiento en juzgarlo convenientemente". La beatitud pues proviene del ejercicio de la virtud según ésta una actitud íntima que se resuelve inmediatamente en actos. Pero ¿no vemos que el concepto de virtud no se mantiene por sí solo? ¿Cuál es el criterio moral que orienta dicha actitud? El mismo Descartes lo dice: "lo mejor, el bien". En el "Tratado de las Pasiones" podemos leer las siguientes líneas: "Por eso debemos usar la experiencia y la razón para separar el bien del mal y conocer su exacto valor, a fin de no tomar el uno por el otro". Perfecto. Pero ¿cómo hemos de conocer el bien? ¿Cómo se define? Pues es claro que en el concepto cartesiano no toca a cada cual inventarlo cada vez, sino que existe universal y eternamente, como las ideas innatas de su metafísica.

Tenemos que confesarlo: Descartes no da ninguna definición del soberano bien trascendental. Y ¡qué conclusión sacar de allí! ¿Qué no ha edificado ninguna moral! Sin duda. ¿Qué por incapaz? Seguramente no. Eso significa tan solo que en el terreno de la moral no se encontraba en oposición con las opiniones que se solían tener en su tiempo, mientras se oponía a las mismas en el terreno de la metafísica. Si el filósofo no define el bien es porque piensa que al emplear esta palabra alude a un concepto muy claro en la mente de sus coetáneos. Por lo demás no titula su libro "Moral" sino "Tratado de las pasiones". En una palabra no edificó una moral porque no juzgó necesaria tal edificación. Le pareció suficiente sistematizar en una ética, o sea en una mera "ciencia del vivir", el "estilo de vida" de su época. "Toda nuestra satisfacción —escribía en una carta a Isabel— consiste en el íntimo testimonio de que tenemos alguna perfección. ¿Cuál es este hombre perfecto, este ideal humano, este héroe? ¿Qué tienen en común Descartes y sus coetáneos? Tal es el objeto de nuestra investigación, por la que habremos de eotar constantemente Descartes y su tiempo.

Nos parece que la ética cartesiana presenta, lo mismo que el estilo de vida de la época, dos principales aspectos: un aspecto heroico y un aspecto laico.

El aspecto heroico es el que primero salta a la vista. Me refiero desde luego al heroísmo de aquella época, no al nuestro. Harto conocido es que esta primera parte del siglo XVII se nutre de lo novelesco —o de lo heroico, ya que en aquel entonces ambos son uno. Hasta podemos decir que lo heroico ha de mezclarse siempre y más con lo novelesco; así tener mucha importancia en la "Astree", a principios del siglo invade poco a poco las novelas posteriores. En cuanto al teatro, tragedia y tragicomedia no tienen más impulso que el heroísmo. De inmediato pensamos en Corneille. Pero lo que llamamos "sublime corneiliano" no es propio de Corneille; caracteriza a todo el teatro contemporáneo. En todos los personajes trágicos domina el exaltado hablar y el glorioso discurso. Desde este punto de vista, Corneille y sus contemporáneos representan una tradición cuyos primeros elementos remontan a tiempo ya lejano. Tradición que no se puede calificar sino como "feudal". Las ideas, sentimientos y hábitos que pertenecieron a la vida feudal, que duraron vivos muy largo tiempo, después de la decadencia del régimen que las engendró. Precisamente la primera mitad del siglo XVII es la época en que los antiguos temas morales de la aristocracia vuelven a cobrar mayor intensidad. El prestigio de la caballería heroica ha rejuvenecido al renacer los héroes antiguos, tales como los pintaron Platano y Séneca. En igual forma el ideal amoroso logrado por la Edad Media, así como el del platonismo que el Renacimiento ha vuelto a descubrir. La moral heroica de los siglos feudales y la "moral "courtoise" del amor llegan modernizadas y enriquecidas a la época del Cid (y del Discurso del Método) en la que circunstancias sociales favorables a un nuevo empuje de la conciencia y del prestigio aristocrático, tentadas por la agitación política entre las grandes — les propician oportunidad para lucir su propio esplendor. Hemos de mencionar además el considerable influjo del espíritu español, que elimina rápidamente la inspiración sensual venida de Italia. El estilo de vida de la época es heroico; inspira la ciencia de vivir cartesiano. Se le puede caracterizar mejor en sus cuatro temas: voluntad, generosidad, gloria, y amor. Ciertamente color de optimismo peculiar ausencia de toda meditación sobre la muerte completan el cuadro.

(CONTINUARA)

1) Relación de Baillet. Obras de Descartes. Ed. La Pléiade p. 1094.